

Los poetas de Poulenc

Ana Mateo

Este año se celebra el centenario del nacimiento de uno de los compositores más importantes de nuestro siglo, Francis Poulenc. Nacido en París un siete de enero, la vida en esta gran ciudad marcará en gran medida su producción musical, y él será siempre un parisino por excelencia, amante de los barrios de artesanos, del Marais o del Luxemburgo, del *faubourg* Saint-Antoine o de la isla de Saint-Louis. Sin embargo la mayor parte de su obra será escrita en su casa de Noizay, cerca de Amboise; el campo lo aburría en gran manera y, precisamente por eso, allí era donde trabajaba mejor, siempre con el espíritu en otro lugar: «La mayor parte de mi obra, es cierto, fue escrita en Touraine, especialmente en Noizay, pero siempre pensando en los queridos lugares en que no estaba [...]. Cuántas veces se han interpuesto entre mi papel pautado y yo imágenes tales de París, de Nogent, de Monte-Carlo. Monte-Carlo puede sorprender aquí. Es mi paraíso perdido: la creación de *Biches*, mi intimidad con Diaghilev, Picasso, Stravinski, mi cohabitación con Auric y Raymonde Linossier. En una palabra, lo mejor de mis veinte años.» (F. Poulenc, *Journal de mes mélodies*, pág.20)

Quien jugaría un papel determinante al introducir al joven Francis de lleno dentro del mundo literario del París de principios de siglo, y ejercería una influencia directa sobre sus gustos literarios, sería precisamente Raymonde Linossier, amiga de la infancia del compositor y su gran confidente hasta la repentina muerte de ésta en 1930, a causa de una oclusión intestinal. Fue esta mujer, abogada, poetisa y arqueóloga dedicada al orientalismo en el Museo Guimet de París, quien en 1916 introdujo a Poulenc en el círculo de la librería *La Maison des Amis des Livres*, en el número 7 de la calle Odeón, donde se daban cita escritores y artistas de vanguardia. Su propietaria, Adrienne Monnier, describiría así la primera visita del compositor: «Vino a vernos un día, solo, algún tiempo después de la primera visita de Raymonde. Sujetaba en sus manos una enorme maceta destinada a una pariente del barrio y mostraba su mejor cara de bebé elefante al que todavía no le han tirado de la nariz.» A su vez, Poulenc escribiría en un artículo publicado en *Le Mercure de France* en enero de 1956: «Cuando estoy melancólico, lo que me sucede a menudo, lo único que me hace volver a

sonreír es revivir en mi pensamiento el lejano tiempo en que veía a Adrienne Monnier casi a diario. Fue Raymonde Linossier quien, en 1916, me hizo franquear por vez primera el umbral de la célebre librería.

Raymonde Linossier, esa 'violeta negra', como la bautizara con justicia Fargue en un emotivo poema conmemorativo, fue la guía espiritual de mi adolescencia.

Ella sabía que Adrienne estaba, como decíamos entonces, 'hecha para mí'.

Y, en efecto, enseguida entablamos amistad. Yo amaba su rostro de monja golosa y ella se divertía al verme, nariz en alto, 'husmear' por su tienda.

¡Cuántos recuerdos raros y maravillosos le debo a esta amistad! En la calle Odeón he tenido el privilegio de reencontrarme varias veces con Apollinaire. Allí he conocido a Fargue y he escuchado a Valéry leer *El cementerio marino*; a Gide, *El retorno del hijo pródigo*; a Claudel, *El oso y la luna*. Allí Satie nos reveló una noche su *Sócrates*. Allí, finalmente, escoltado por Breton y Aragon, se me apareció por vez primera Paul Éluard que ha jugado un papel tal en mi vida.

[...] Ella siempre me adivinó con el corazón.»

Ya desde niño, Poulenc había sentido siempre, gracias a la importante influencia de su madre, Jenny Royer, un gran amor por la poesía y por las artes en general. Pero el encuentro con Raymonde Linossier y las visitas a la librería de Adrienne Monnier serían determinantes en su devenir. Como determinante sería también el descubrimiento, en el invierno de 1910, del *Viaje de invierno* de Schubert, una obra que marcaría su destino como melodista, un melodista que iniciaría su carrera nueve años después con *Le bestiaire*. En esta obra encontramos ya a un Poulenc pleno de facultades (él mismo se sorprende al analizarlo años después de que sea ya tan «poulenc»), con ese sentido inigualable del texto y de la prosodia que lo acompañará siempre. Porque aun cuando escriba para una orquesta, para un grupo de instrumentos o para la voz, la melodía será siempre el alma de su música y determinará la expresión y la forma. Su música será siempre vocal.

Gracias a una reimpresión del *Bestiario* en 1918, Poulenc se acerca por vez primera a Guillaume Apollinaire, poeta al que conociera en casa de la pintora Valentine Hugo, y a partir de ese momento se sentirá ligado, de un modo seguro y misterioso, como afirma en su *Journal de mes mélodies*, a la poesía de éste. No tendrá ocasión de conocer en profundidad al poeta, pues éste muere ese mismo año. Sin embargo en *Moi et mes amis* escribirá sobre él: «Apenas conocí a Apollinaire, pues yo era muy joven por aquel entonces; tenía justo diecisiete años cuando él volvió herido a París en 1916. Sin embargo pude verlo varias veces y tengo todavía en mi oído el

sonido tan especial de su voz, semi-irónica, semi-melancólica. Podría creerse que todos los poetas tienen una voz sorda y dulce, pues Apollinaire, como Valéry, como Éluard, no hacía mucho ruido. [...] ¡Cuántas cosas le debe el arte moderno a Apollinaire!»

Con el poeta, Poulenc siente que ha encontrado su verdadera línea melódica, nada en él le supone un obstáculo. El compositor habla así del modo en que ha puesto música a la poesía de Apollinaire: «Cosa capital: escuché el timbre de su voz. Pienso que éste es un punto esencial para un músico que no quiera traicionar a un poeta. El timbre de Apollinaire, como toda su obra, era a un tiempo melancólico y alegre. Había a veces en sus palabras un punto de ironía...» (*Conferencia*, 1947).

Poulenc encontró su fuente de inspiración en *Il y a*, una recopilación de poemas de Apollinaire publicada en 1925 por el editor parisino Albert Messein, con prefacio de Ramón Gómez de la Serna. Todas sus melodías proceden de ese libro, salvo *Bestiario* y *Calligrammes*, última obra del poeta a la que el compositor pondrá música. Con ella Poulenc considera que ha llegado al término de sus estudios sobre la transposición musical de Apollinaire, lo que no significa en modo alguno que haya dejado de amar su poesía, sino que ésta ya no puede aportar ningún elemento nuevo a su inspiración. De hecho, en una carta fechada en 1948 y dirigida a Pierre Bernac, su cantante por excelencia, el compositor reconoce cuánto le debe a uno de sus poetas más representativos.

Con motivo de un recital dedicado a sus *mélodies*, Poulenc escribe en su diario un posible epitafio, para él su más hermoso y glorioso título: «Aquí yace Francis Poulenc, el músico de Apollinaire y de Éluard.» Y en efecto, Paul Éluard será otro de sus compositores fetiche. Si en los versos del primero no encontraba obstáculo alguno para su música, en otra carta dirigida a Pierre Bernac afirmará que es el segundo quien ha podido sacar lo mejor de él. En otra ocasión hará referencia a él como a un hermano espiritual que le ha permitido expresar lo más secreto de sí mismo y, sobre todo, de su lirismo musical. Y en verdad, algunos de sus ciclos más hermosos (*Tel jour telle nuit*, las dos canciones de *Miroirs brûlants*, *La fraîcheur et le feu* o *Le travail du peintre*) estarán inspirados por la poesía de Éluard. Su encuentro con él en 1917, en la librería de Adrienne Monnier, será uno de los más importantes de su existencia: «Enseguida tuve debilidad por Éluard. Al principio porque era el único surrealista que toleraba la música. Después porque toda su obra es una vibración musical.» (“Homenaje a Francis Poulenc», *Bulletin de la Phonothèque Nationale*.) Sin embargo esperará hasta 1935 para poner, por primera vez, música a alguno de sus poemas. Durante ese espacio de tiempo trabajará hasta conocer el secreto